

Roberto Fernández Retamar, *Cuba defendida* (Buenos Aires: Nuestra América, 1994).

RÉPLICA

A MARIO VARGAS LLOSA, EN NOMBRE DE QUIEN YA NO PUEDE RESPONDERLE*

Que Mario Vargas Llosa, en una evolución que lo llevó de un extremo a otro del arco, se ha vuelto un enemigo acérrimo de Cuba y de la izquierda en general (y en particular de la latinoamericana) era ya bien conocido. También parecía conocido que era capaz de mantener con altura una polémica, como la que hace pocos años sostuvo con Mario Benedetti. En una entrevista que concediera a su propio hijo Álvaro, y que apareció a finales de mayo en el diario *Expreso*, de Lima, ratifica lo primero, al punto de elogiar con largueza a Margaret Thatcher, a «su audaz y valeroso empeño de llevar a cabo una gran revolución liberal en Gran Bretaña —devolviendo a la iniciativa privada, a la soberanía individual, y arrebatándosela al Estado, la función de asegurar el progreso—». Lo que no ratifica allí el narrador peruano es lo segundo, pues en su versión del alejamiento que experimentó respecto a Cuba, además de los elementos que ya eran hartamente conocidos, introduce ahora un sorprendente ataque a Haydee Santamaría, muerta cerca de seis años atrás. He aquí, literalmente, lo que dijo Vargas Llosa:

El episodio del Rómulo Gallegos fue uno de los antecedentes de aquella crisis. Cuando supe que *La casa verde* era una finalista de aquel premio —había presentado el libro mi editor, Carlos Barral, sin consultármelo—, pre-

* Publicado originalmente en *Cuba Internacional*, septiembre de 1986.

gunté a Haydee Santamaría, directora entonces de la Casa de las Américas —a cuyo consejo pertenecía yo—, la opinión de la revolución sobre el premio venezolano. Su respuesta fue una respuesta que me llevó a Londres, en persona, al novelista Alejo Carpentier. Me proponía Haydee que fuera a Caracas a recibir el premio, y luego, de allí, a Cuba, donde en un acto público haría donación de los 25 000 dólares al Che Guevara, que se hallaba ya entonces (aunque aún no se había hecho público) en Bolivia. Hasta allí, la respuesta era comprensible. Pero Haydee me proponía, también, devolverme discretamente aquella donación. De modo que yo hubiera podido quedarme, de un lado, con la gloria revolucionaria del gesto y, también, con el dinero. La respuesta me ofendió mucho, pues para aceptarla, había que ser un verdadero cínico.

Es tanto más sorprendente esta interpretación aducida ahora por Vargas Llosa, por cuanto tuvo más de una ocasión para mencionarla. No sólo a raíz del otorgamiento del premio Rómulo Gallegos a su novela —otorgamiento justo por la calidad de su obra—, sino cuando Haydee respondió públicamente a la carta, también pública, del 5 de mayo de 1971, en que el autor de *La ciudad y los perros* renunció a su condición de integrante del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas* (no de la Casa misma, como dijo luego en la entrevista) durante el «caso Padilla». En su réplica, del 14 de mayo de aquel año, Haydee le dijo, entre otras puntualizaciones:

Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos «un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América»: le propusimos que aceptara ese pre-

mio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esta sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara. Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio!

El autor de la carta a Haydee del 5 de mayo de 1971 (publicada en el número 67 de la revista *Casa de las Américas*), donde se acusaba a Cuba de urdir «un espectáculo [...] prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta», no carecía ciertamente de boca dura para responder. ¿Por qué no respondió entonces a la carta pública que en 1971 le dedicara Haydee? Por añadidura, Haydee vivió nueve años más, pero nunca, durante casi una década, Vargas Llosa ofreció la versión de los hechos con que se aparece ahora, muerta Haydee. También está muerto ahora Carpentier, quien transmitió la opinión de aquella.

Aun de haber sido cierto lo que Vargas Llosa dice ahora, ello no implicaba en absoluto haber hecho de él «un verdadero cínico», sino ofrecerle una opción, al considerarlo un compañero acaso en apuros (capaz, sin embargo, de contribuir, «aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara»), a quien nada le impedía rechazar la mitad de la proposición que se le hacía, y que él solicitó, y entregar plenamente el importe del premio al Che. Pero la verdad es que esperó a que hubieran desaparecido Haydee y Alejo para, al dar su versión, extraer de ella una conclusión tan sombría como arbitraria.

Es cada vez más triste la involución de este novelista de talento. El más reciente capítulo que le conocemos en este orden ha sido difamar de una gran mujer fallecida. Esperamos sin ilusión su próximo capítulo.

RÉPLICA

A CARLOS FUENTES: MENTIRAS, OCULTAMIENTO, ¿DESEO?*

Entre los textos provocados por los recientes acontecimientos en Cuba (textos lúcidos unos, equivocados o calumniosos otros), leí con desagrado, pero sin sorpresa, como ejemplo arquetípico de estos últimos, «Infidelidades», de Carlos Fuentes, aparecido a principios de abril en el periódico mexicano *Reforma*. Allí el prolífico escritor menciona lo que considera su relación personal con la revolución de Cuba y, después de más dislates que aciertos, concluye con gran originalidad, tras felicitar a Saramago por «pintar su raya», añadiendo: «Esta es la mía: contra Bush y contra Castro.» Poco antes, había asegurado que mantiene la línea que se impuso desde que, en 1966, quien escribe este artículo (al que pretendió ofender), «para hacer olvidar su pasado derechista», denunció a Pablo Neruda y a él «por asistir a un Congreso del PEN Club internacional» realizado en los Estados Unidos. Alude a la carta abierta que un cuantioso número de escritores cubanos enviamos al gran poeta Pablo Neruda y fue publicada originalmente el 31 de julio de 1966 en el periódico habanero *Granma*. Casi cuarenta años después, no puede juzgarse esa carta, tan poco leída hoy (donde se dice con claridad: «No se nos ocurriría censurar mecánicamente tu participación en el Congreso del Pen Club, del que podían derivarse conclusiones positivas; ni siquiera tu visita a los Estados Unidos, porque también de esa visita podían derivarse resultados

* Apareció en el periódico digital *la jiribilla*, La Habana, y se imprimió en el número 231 de *Casa de las Américas*, abril-junio de 2003, pp. 160-163.